

# La feria de San Primitivo

Eduardo Arochi Tinajero



## Capítulo 1

Ayer en la feria de San Primitivo conocí a don Agustín que, como todos los de San Ramón, cada año se encargan de traer los juegos de suerte y puntería para amenizar nuestra fiesta patronal y quedarse con cuantas de nuestras benditas monedas puedan. No sé si lo sabe, porque no se lo decimos a la cara, pero aquí le decimos El Cuervo. Me imagino que sí ha de saber porque en los pueblos chicos, aunque uno hable quedito, todos lo escuchan.

—Estás igualito —me dijo mientras sin respirar yo le apuntaba con el rifle a las latas que, aunque ya sabía yo que estaban trucadas, de todos modos me gustaba dispararles para quitarme aunque fuera un poco lo aburrido. No había otra cosa que hacer en esa feria que era igual a la del año pasado que había sido igual a la del anterior.

—¿A quién? —le pregunté.

—Pues al canijo de tu abuelo.

—¿Conoció a mi abuelo?

—Claro, cómo no. Qué en paz descanse. Era un buen niño.

Me extrañó que hablara así de él siendo que murió de viejo, pero no le di mucha importancia.

—No lo vi en su entierro.

—Si no hubo.

—Cómo no.

Como ya está bien viejito ya ni le insistí, pero me estuvo platicando un buen rato de como habían sido buenos amigos mi abuelo y él cuando eran niños. Se encontraban casi todos los días en los campos adonde llevaban a pastorear a su ganado y se la pasaban jugando y tirándole piedras con las resorteras a los pajaritos para dárselos de comer a sus perros flacuchos. Pero eso se acabó cuando los tres pueblos de la comarca agarraron pleito por los campos. Cuando se discutían los términos de los acuerdos para ver quien tenía derecho sobre qué terrenos, el alcalde de San Ramón, conocido por su carácter impulsivo y orgulloso, para no gastar tanta saliva, según dijo, y aunque ya casi estaban por firmar y todos parecían contentos con lo que se acordó, para ver quien se quedaría con los campos yermos retó al alcalde de San Primitivo a una pelea a puño limpio. Aunque ni él ni a nadie le interesaban esos campos, este aceptó —porque los de este pueblo tenemos honor— y luego de un breve

intercambio de torpes golpes y jalneos que los mancharon más de lodo que de sangre —era gente acostumbrada a la paz— que nomás provocaron las burlas de los presentes, el alcalde de San Ramón se sacó un cuchillito que llevaba escondido en el pantalón y se lo enterró profundo en el pescuezo al otro. Se apagaron las risas —en toda la comarca no se volverían a escuchar hasta muchísimos años después— y los que iban armados sacaron las armas y ahí mismo cayeron varios muertos. Como en esos tiempos este lugar estaba muy aislado y solo para llegar a vender el ganado al rastro había que caminar varios días por el monte —el ganado llegaba ya todo flaco y magullado si es que llegaba y no se había caído por un barranco—, el gobierno estatal, el federal menos, ni se enteró de que en nuestra comarca había guerra de todos contra todos porque los de San Lorenzo, el otro pueblo de la comarca, por puro miedo se pusieron a disparar a lo loco y le dieron a quien tuvieran enfrente. Dice don Agustín que las vacas lamían a los muertos que quedaron regados por todos lados, dizque por la sal de la sangre.

Después de que hubo muchos muertos, el pleito por fin acabó cuando los de San Ramón y los de San Lorenzo decidieron formar una alianza en contra de los de San Primitivo. Ensañados por la supuesta violación de algunas de sus hijas, unas monjas que vivían en una ermita bien metida en el cerro (hace mucho, por casualidad, paseándome me topé con unas ruinas que apenas y se veían entre la maleza, pero, aunque estuve preguntando, nadie me supo decir de qué eran; a mí me parecieron más paganas que cristianas), acabaron con todos los de mi pueblo que ni éramos tantos. Ni los niños ni las mujeres ni los animalitos merecieron trato misericordioso. A excepción de las ánimas, San Primitivo se quedó vacío porque la carne de su gente la despedazaron toda sus vecinos enloquecidos. Solo los animales de monte y las arañas aprovecharon las casas desahuciadas para hacer sus guaridas.

Cuando despertaron de la pesadilla que no había sido pesadilla y sintieron la sangre ajena que los empapaba, atormentados por la culpa, la gente de San Ramón y San Lorenzo comenzó cada año en el día de San Primitivo a representar ritualmente la vida y muerte de sus vecinos que, por ningún buen motivo, y aunque muchos de ellos habían sido sus familiares o amigos (éramos prácticamente la misma gente, lo único que nos diferenciaba eran nuestros santos patronos y unos cuantos pasos de distancia), habían exterminado. Después de los bailes solemnes que comenzaban desde antes del amanecer, disfrazados con máscaras que imitaban la cara —tan bien como la destreza y la memoria lo permitieran— de alguna de sus víctimas, entraban al pueblo desierto y a las casas y negocios para revivirlos aunque fuera solo por un día. Y como si fueran los auténticos, se ponían a hacer las cosas que si los muertos no hubieran sido muertos todavía harían. Si ese año a uno le tocaba ser el carpintero, enmascarado y vestido como el maestro Tito, con su nariz torcida y su bigote puntiagudo, se metía al taller inundado de aserrín y se ponía a cepillar madera y a hacer como que hacía muebles; si a una le

tocaba representar a la señorita Praxedis, se ponía un vestido igual al que en vida había llevado, una peluca colocha, y toda la mañana se la pasaba horneando merengues para salir en la tarde, con el mismo sonsonete de la finada, a venderlos a la calle donde, desde la sombra punteada de una jacaranda, la esperaba un hombre enmascarado del joven Jacinto quien solo la vería pasar, tibiamente buscando atraer su mirada, con patéticos ojos desbordando miedo y anhelo porque el muerto nunca se atrevió a dirigirle la palabra y ni mucho menos a pedirle la mano a sus padres.

Al final del día se representaba la batalla donde terminaron por sucumbir los últimos sanprimitivenses que quedaban y, bañados en sangre y leche de vaca, los verdugos disfrazados de víctimas, toda la noche corrían por los campos llorando y gritando como locos. Incluso, cada año escogían a un varón de entre ellos para representar a San Primitivo que, vestido con elegantes telas, desde el campanario de su iglesia decrepita y enredada en hierbas y cactus, no hacía más que llorar y aullar al ver la piel abierta de sus hijos a quienes no pudo proteger a pesar de que fueron los únicos que nunca olvidaron su menospreciado culto.

Los dos pueblos restantes de la comarca tardaron mucho en enterarse de que había estallado otra guerra fratricida en el resto del lejano país. Se enteraron solo hasta que vieron que gente que venía herida y hambrienta comenzaba a bajar de los cerros a refugiarse en el pueblo que vieron no encendía las velas por la noche y las hierbas ya casi terminaban por tragárselo. Ahí coincidieron viudas, huérfanos, cobardes y apóstatas de una revolución u otra que, después de que lograron ahuyentar a todos los animales y alimañas que se habían apoderado de las casas, se encontraron con todo lo que no quisieron los zopilotes, porque ahí donde cayeron los muertos se habían quedado, los que los mataron nunca se atrevieron a enterrarlos (es verdad que los de San Ramón y San Lorenzo, hasta los más machos, se desmayan en cuanto ven tantita sangre; a nosotros no nos hace nada), quizá porque reafirmaría y sellaría sus crímenes. En vez de enterrarlos, cada año cuando acababa la fiesta, para que en el silencio en el que los dejaban hubiera aunque fuera un poquito de vida y para que no les pegara el frío de la verdad, les sacaban la ropa mordisqueada por los ratones y los arropaban con ropa nueva. Hasta a los esqueletos de algunos de los perros y vacas que cruentamente habían matado en la guerra los arropaban con la piel de sus animales que hubieran sacrificado para la ocasión. Para cuando los encontró la gente que llegó huyendo de lejos ya nada unía a los esqueletos y por todo el pueblo había regados montoncitos de huesos arropados. Los juntaron todos y con las vigas podridas de los techos colapsados los incineraron. Las cenizas las esparcieron sobre los campos yermos donde no crecían ni el pasto ni las espinas y que ninguno de los otros dos pueblos, aunque se habían matado por ellos, los quería. Gracias a la vida que dan los huesos, los campos yermos se volvieron fértiles y llegó, aunque muy modesta, la

prosperidad a mi querido pueblo de San Primitivo.

Para evitar la horca de los vencedores por haberse opuesto o abdicado de la lucha revolucionaria, todos los que llegaron huyendo de fuera a resucitar al silente San Primitivo tomaron el nombre de la familia de la casa de la cual se apoderaron. No solo tomaron los apellidos, sino también los nombres de pila de sus antiguos habitantes y se acomodó la gente de tal forma que si en una casa, antes de la guerra, había vivido un matrimonio con dos hijos, una niña de nombre Felicidad y un niño de nombre Alonso, entraban ahí una pareja y dos niños y, sin haberlos conocido ni saber cómo habían sido, simulaban ser ellos. Esto lo veían de lejos los de los dos pueblos vecinos que se esforzaron en creer que todo eso era un milagro que los expurgaría de sus pecados.

La representación por la cual los exterminados sanprimitivenses lograban sobrevivir ritualmente a través de sus verdugos solo duro hasta que estos últimos, quizás no conformes con el artificio que aplacaba su culpa solo una vez al año en el día del santo, probaron uno nuevo, comenzaron a llegar a visitar a sus viejos amigos y familiares al renacido de las cenizas pueblo de San Primitivo. Llegaban a las casas ya reconstruidas a platicar, comer y celebrar con las personas que ahí vivían y que llevaban el nombre de sus seres queridos que, por un breve e insensato instante, el cual a veces lograban olvidar, habían sido también sus enemigos, como si ese fatídico día el alcalde de San Ramón no hubiera estado de mal humor y, por mero capricho, no hubiera sacado un cuchillo cuando ya estaban a nada de firmarse los acuerdos.

Al ver la gente de San Ramón y San Lorenzo que los simuladores no lograban disimular el artificio de forma convincente y aunque ya habían pasado algunos años y las memorias de los originales pobladores ya comenzaban a mancharse y deteriorarse, instruyeron a los recién llegados en la correcta forma de ser sanprimitivenses. Con gran minucia les enseñaron como rendirle culto a su santo patrono, que flores y cuetes le gustaban, los modismos que se usaban en el pueblo, el acento, la forma particular de vestir, los oficios, las artesanías, los platillos, los dichos, las canciones que se cantaban, los cuentos que se contaban; les explicaban quien estaba enamorado de quien, quien tenía pleito con quien, quien era fiel, quien infiel, en quien no se podía confiar, a quien respetaban, de quien se burlaban, que sentían, que querían. Con gran esmero y paciencia lograron que, en la medida de lo posible, tomando en cuenta todos los obstáculos y la terrible complejidad de su tarea, los individuos adquirieran los gestos, forma de caminar, de hacer el amor, de trabajar y de silbar de los muertos a quienes dieron nueva vida con fidelidad al original hasta que el teatro se desparramó del escenario y se volvió indistinguible de su público y autor.

Para consumir sus esfuerzos y por fin sepultar sus crímenes, antes asegurándose meticulosamente de que nadie fuera armado, los alcaldes

de los tres pueblos se volvieron a reunir y se repartieron sin mayor discusión los terrenos de forma justa y equitativa quedando todos contentos con lo que les tocó. A partir de entonces los de San Ramón y San Lorenzo una vez más volvieron a instalar sus puestos en la feria de San Primitivo y los de San Primitivo, como también era costumbre, a llevar los curtidos y dulces a las ferias de la comarca.

Cuando, por fin, llegaron los federales en busca de los remisos y a algunos que acusaban de haber cometido atrocidades durante la guerra nacional, aunque buscaron y rebuscaron, no encontraron a ninguno y no castigaron a nadie de la comarca por haberse mantenido a raya de la Revolución porque no encontraron en sus listas de reclutamiento registro alguno de los pueblos, mucho menos de su gente, de la recóndita comarca.

Aunque han pasado muchos años y las migajas que trajo el gobierno, incluidas las antenas y caminos, asemejó a los de San Ramón y San Lorenzo a la gente del resto del país, el pueblo de San Primitivo, que fue temporalmente privado de la vida, ha mantenido un aire de anticuado y provinciano. Don Agustín dice que es porque cuando instruyeron a los foráneos en como apoderarse de la identidad de los nativos muertos, tuvieron que por fuerza instruirlos en como el pueblo había sido y no como hubiera sido si no hubiera sido exterminado. Los tuvieron que instruir en un presente que para los demás ya era pasado, por eso parece que mi pueblo va unos pasos atrás de los demás (sin embargo, avanza). También dice que como les fue imposible enseñarles los secretos que los muertos habían guardado en vida, siendo que sus secretos moldean a las personas, hay algo esencial que le falta al pueblo que sumado a sus formas anticuadas le da un aire de irreal.

Pero aún así, los compadrazgos y amistades que habían tenido con las víctimas de sus fusiles y machetes retomaron, como si nada, aunque imperfectamente, su antigua vida con la gente que ahora ahí vivía y llevaba los nombres de los muertos. Si don Baltazar de San Ramón había sido compadre del finado don Luis de San Primitivo y acostumbraban jugar juntos a las barajas los domingos, ahora don Baltazar jugaba con el nuevo don Luis de San Primitivo como si este fuera el mismo de siempre y no lo hubiera matado de dos balazos en el pecho y uno en la cabeza. Si la nueva doña Margarita de San Primitivo veía a los hijos de los Mendoza de San Lorenzo, decía: «¡Ay, qué grandes y guapos están ya! Vamos a casarlos con mis hijas.»

Aunque casi todo este proceso ha sido olvidado naturalmente, dice don Agustín, El Cuervo, un aspecto atroz de él ha sido ocultado de forma intencional, quizás justificadamente. Él lo recuerda porque le tocó verlo y si participó en él no lo aclaró. Algunos de los foráneos por su aspecto físico o aptitudes mentales, algunos llegaron mutilados, otros locos por la guerra, no encontraron a ningún muerto a quien simular sin que tuvieran que estirar demasiado la ya frágil cuerda que amarraba al artificio y, por

lo mismo, al ser superfluos y meros estorbos, fueron ejecutados a sangre fría. Ni las cenizas de sus huesos merecieron ser esparcidas por los campos de la comarca y las metieron en pequeñas bolsas que amarraron a los pájaros viajeros para que se las llevaran lejos.

En un principio la simulación resultó ser un éxito, la memoria de la guerra y sus muertos ya casi se disipaba por completo y solo de vez en cuando, reacia a ser aniquilada, asomaba su sangrienta cabeza de su último bastión, las pesadillas de la gente. Pero, como en todos lados, hay gente abusiva y sin escrúpulos que no duda en ofender la memoria de los muertos si es para su propio provecho. Un viejo perverso de San Ramón, don Benito, fiel a la desenfrenada lujuria se dice corre por la sangre de su familia, llegó a San Primitivo a hablar con una hermosa jovencita, la señora Reyes, dizque para instruirla en la forma correcta de como ser la señora Reyes, pero desleal a la memoria y a la historia verdadera, le inventó que él y la señora habían sido apasionados amantes y que cada vez que se le daba la gana se la llevaba a su bodega para que fornicaran como animales. Aunque ya era señora, la nueva señora Reyes, ingenua y confiada, como todos los de su pueblo quienes ansiaban sepultar su atroz pasado, se propuso interpretar su papel al pie de la letra e incluso, como don Benito le aseguró había sido su romance, aceptó mantenerlo en completo secreto y cada vez que encontraba una cruz dibujada en el polvo de la ventana de la cocina, sabía que esa noche debía de salir de puntitas de la casa para encontrarse en la bodega con su amante con quien no solo debía fornicar como animal, sino que también debía de amar enloquecidamente si es que quería remplazar su dolorosa memoria con la pasión de la original señora Reyes.

Como este hubo varios casos, el poder de otorgarle identidad a las personas se les subió a varios a la cabeza y en vez de darle vida a los muertos moldearon a los vivos a su modo y capricho, no como habían sido los muertos, sino como hubieran querido que fueran.

Algunos de los más honrados, que eran los más, se dieron cuenta de lo que estaba pasando, de la injuria que se cometía a diario y que al pecado de homicidio sumaba el de la mentira (nótese la ironía), rescindiendo así la penitencia y expurgación de sus pueblos. Evidenciaron a todos los abusivos y los obligaron a enmendar sus penosos crímenes. Pero curiosamente fueron algunas de las víctimas, como la señora Reyes, quienes clamaron la inocencia de quienes las habían engañado. La señora Reyes se apoderó de (o también podría decirse fue apoderada por) la original señora Reyes tan plenamente que juraba tener memorias que no podían corresponder a lo vivido por su cuerpo, sino que en realidad correspondían a la mujer que simulaba ser y pronto olvidó simulaba. Aunque todos sabían que no había sido así, juró y rejuró que don Benito desde hace años había sido su amante y que si la gente no lo sabía era porque habían sido muy diligentes en mantenerlo en secreto. Decía recordarlo todo: como se conocieron, como coquetearon, la primera vez

que se besaron y juraron amarse por siempre, cada una de las lascivas horas que pasaron dentro de la bodega. En fin, lo que terminó pasando fue que el señor Reyes —aunque la nueva señora Reyes le era en realidad una desconocida— loco de celos y vergüenza, acabó matándola a ella y a su amante para inmediatamente acabar consigo mismo.

A varios los hicieron regresar el dinero que habían inventado les debían los de San Primitivo. A los que inventaron que habían sido amigos de alguien, los obligaron a decir la verdad y romper la amistad. Hubo también algunos que por burlones y para divertirse a costa de los demás, incluso de los muertos, instruyeron a las personas deliberadamente mal, como fue el caso de un muchacho que convenció a uno de San Primitivo de que su papel requería que nunca, por ningún motivo, debería decir la letra a, debería omitirla de toda palabra y remplazarla con un chasquido de lengua, así, le aseguró riendo entre dientes, hablaba el original; u otro que instruyó a una adolescente en como actuar como una retrasada mental sin que la persona quien simulaba ser, sin haber sido brillante, hubiera tenido debilidad mental alguna; o el peor, el de un joven desalmado de San Lorenzo que engañó a una ancianita para que esta practicara rituales diabólicos que trágicamente resultaron en el espantoso sacrificio de un niño inocente. También hubo un caso en el que un señor de San Ramón que había perdido a su querido compadre unos años antes de la guerra a causa de un accidente de caballo instruyó a un hombre para que simulara ser él. Siendo que el propósito del artificio era enmendar las culpas nacidas de la guerra y no una negación de la muerte natural, este señor fue acusado de ir en contra de la voluntad de Dios y de abusar de su poder para sus propios fines. A estos embusteros se les encarceló en las catacumbas de la iglesia de San Primitivo hasta que firmaron y se comprometieron, so pena de muerte, a mantenerse fieles a la memoria (excepto, claro está, a la de la guerra). Aunque el daño ya estaba hecho, y en muchos casos era irreparable o imposible de olvidar, la gente de los tres pueblos se propuso retomar el propósito inicial de asegurarse de que el pueblo de San Primitivo viviera como si nunca hubiera muerto. Don Agustín dice que así ha sido, desde entonces ha habido contados casos de abusivos que inventan memorias y que, en verdad, el mayor problema al que se han tenido que enfrentar no es el de los malintencionados, sino que el hombre por naturaleza, para bien o para mal, sin querer inventa memorias.

Lo que nadie se atrevió a siquiera sugerir, fue darle vida a los de San Ramón y San Lorenzo que murieron durante la guerra, todos entendían y aceptaban que esos muertos habían sido condenados a quedarse muertos, era parte esencial de la penitencia que debían de sufrir. Sin embargo, cuando hablaban de ellos y de las causas de su muerte, jamás mencionaban la enterrada guerra, decían que habían perecido en una cruel epidemia a la cual los de San Primitivo, por ocultas razones, quizás

por la intercesión de su santo patrono, habían sido inmunes.

Todo esto me lo dijo don Agustín ahí en su puesto en la feria de San Primitivo donde cobra diez centavos por tiro. Dicen que es el más viejo de toda la comarca aunque todavía le brillan los ojos y del sombrero se le escurre tremenda melena gris pero tupida. Dice que de niño era buen amigo de mi abuelo, que a diario se encontraban en los campos que compartían los tres pueblos para alimentar a su ganado, antes de que hubiera tanto pleito y que, por un pedazo de tierra infértil, antes de que hubiera tenido la oportunidad de conocer los placeres y los horrores del amor, hubiera tenido que matarlo a machetazos.

Yo no le creo nada al Cuervo, dicen que está loco, que aquí nunca hubo ni guerra ni pleito.